

III Congreso Teológico

(Guadalajara, Jalisco, México)

22-25 de octubre de 2013

El redescubrimiento alegre de la fe

Última Ponencia:

“Antropología de la transmisión de la fe”

Comenzamos el Congreso planteando una pequeña antropología de la increencia. Frente al muro y al rechazo que entonces constatamos, las siguientes intervenciones nos han ayudado a descubrir la belleza y solidez de la fe, su naturaleza sobrenatural y gratuita: una fuerza que viene de Dios y que es capaz de derribar muros y vencer rechazos. Lo que ahora intento es recapitular toda la reflexión anterior mostrando su personalización, o sea, la encarnación de la fe en la vida del creyente. Me toca finalizar, animando a la transmisión de algo tan grande y tan valioso para el hombre. Y mi perspectiva, incompleta, por supuesto, va a seguir la línea trazada en la primera intervención. Al fin y al cabo la transmisión depende de Dios... y del hombre creyente. Sin hombre creyente no hay transmisión aunque se inventen acciones, planificaciones y todo tipo de estrategias. La fe la transmite la fe, y la fe, al transmitirse, se ahonda y madura. La transmisión es un acto de fe que pone en acto la fe, la actualiza, la realiza. Y ahí es imprescindible el hombre, el creyente. Frente a los sociologismos que denuncié en la primera ponencia, las corrientes personalistas, sin negar los condicionamientos del ambiente, resaltan el valor absoluto de la persona. Grandes novelistas se han hecho eco de ese valor del individuo y sus afectos en momentos de dominio de la dictadura de las ideologías, y han mostrado literariamente cómo el amor personal ha hecho saltar la ideología: *El factor humano*, de Graham Greene, es un buen ejemplo. La transmisión dependerá en gran medida de ese factor humano, de una generación de creyentes que colaboren realmente con la gracia divina. Vamos caracterizar como *TESTIGO* al creyente actual encargado de transmitir la fe: ... *Para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites. El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan — decía recientemente a un grupo de seglares—, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio*¹. Testigo que presta testimonio ante un mundo a veces hostil, pero testigo llamado y sostenido por el Espíritu

¹ EN 41, citando un discurso anterior del mismo Pablo VI al Consejo de Laicos. En la Exhortación, el término “testimonio” se repite 38 veces, y el de “testigo” 4.

Santo. Antes de describir las dimensiones del verdadero testigo, intentaremos clarificar, en una introducción, algunas ideas básicas: desde la primacía de Jesucristo hasta la relativización del mismo testimonio cristiano a la hora de la credibilidad. Se podría dar por sabida esta introducción pero prefiero exponerla.

- I -

INTRODUCCIÓN: ORIGEN Y VALOR DEL TESTIMONIO

1. [EL TESTIGO ORIGINAL Y ORIGINANTE]

a. [EL SACERDOCIO DEL SEÑOR FUNDAMENTO DE LA TRANSMISIÓN DE LA FE]. No habría que decirlo siquiera; para un cristiano es evidente, obvio: el protagonista real de la transmisión de la fe es nuestro Señor Jesucristo, Sumo Sacerdote de nuestra fe, y Kyrios o Señor que conduce al mundo hasta el Padre. *Durante el Sínodo, los obispos han recordado con frecuencia esta verdad: Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y el más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena (EN, 7).* Pero hay que ir más allá de este precioso párrafo de *Evangelii Nuntiandi*: sigue siéndolo aquí y ahora, y este es el fondo de la Carta a los Hebreos. La presentación de Cristo como el Sumo Sacerdote de nuestra fe deja muy claro algo que en Pablo ya lo está, pero que ahora pasa a primer plano, se resalta con todo vigor: Jesucristo no

sólo nos *salvó*, nos *está salvando*². O sea, la acción soteriológica del Señor no está congelada en el pasado histórico donde aconteció la entrega sacrificial. Aquel sacrificio, único, es *para siempre*, o sea, sigue en acto y actuando. El Señor glorificado es el Sacrificado, vive eternamente en *status sacrifici*. Ha ascendido con las llagas y estas siguen abiertas: ... *Lo más inaudito de todo es que no se contentó con soportar los peores sufrimientos y las heridas hasta la muerte, sino que, resucitado, después de haber rescatado su cuerpo de la corrupción, conserva en él sus llagas y sus cicatrices. Y con ellas es como aparece ante los ángeles, las considera como su atavío y se regocija mostrando qué tremendos sufrimientos ha aguantado. Del cuerpo ha abandonado todo lo demás, porque su cuerpo es espiritual, ingrávito y sutil, exento de toda afección corporal; pero sus cicatrices no las ha rechazado en absoluto, no ha borrado sus llagas. Al contrario, ha querido conservarlas a causa de su amor al hombre, porque con ellas ha podido encontrar al que estaba perdido, y con esas heridas ha conquistado al que amaba...*³ Por eso es sacerdote y, como tal, Kyrios, o sea, conductor del mundo al Padre. Bajo la Carta a los Hebreos está, sin duda, la convicción de la venida y presencia sacrificada del Señor en la Eucaristía, si bien esta visión sacramental no es explicitada. Desde la “nueva” confesión cristológica, la fe aparece como una respuesta total: fundamento y garantía de la esperanza que consiste en la Venida en gloria. El capítulo 11 de esta Carta es el centro de su mensaje a los cristianos, una meditación preciosa sobre la fe. Conviene meditar la primera línea, tan bien analizada por J. Ratzinger⁴: la fe no es la certeza o seguridad subjetiva sobre lo que no se ve, sino el fundamento objetivo de la esperanza en lo que está por venir. Si el retraso de la Parusía era el motivo de fondo de la apostasía, la fe se enfoca hacia su verdadero y único objetivo: la persona del Señor. ¿Merece crédito? ¿Nos podemos fiar de él? Al final, tras llamar a los fieles a la obediencia a los pastores, hace una invitación a “salir fuera de las murallas” con el Señor. Expulsados de la ciudad humana, pero firmes en la fe porque esta es, simplemente, *compañía*.

² Cf LORENZO TRUJILLO DÍAZ y FRANCISCO JOSÉ LÓPEZ SÁEZ, *Meditación sobre la Eucaristía*, Salamanca, 2008, cap. 13, p. 181 y ss. También, LORENZO TRUJILLO, *La colegialidad como dimensión espiritual del presbítero*, en *El ser sacerdotal. Fundamentos y dimensiones constitutivas*, Gabino Urbarri (ed), Madrid, 2010.

³ NICOLÁS CABASILAS, *La vida en Cristo*.

⁴ BENEDICTO XVI, *Spes Salvi* 7.

D. [JESUCRISTO TESTIGO FIEL]. En consecuencia, si hablamos de testigos es preciso comenzar diciendo que el testigo cristiano lo es del verdadero Testigo, de Jesucristo. Así lo proclama el Apocalipsis: y *de Jesucristo, el Testigo fiel* (Ap 1,5). Es una designación tardía la del Apocalipsis, y es que, seguramente, el término se aplicó primero a los apóstoles. Luego se atribuye al Señor; algo normal en aquella concentración de finales de siglo en la que se reafirma con todo vigor el origen en él de toda misión y de toda gracia. En esta atribución del término, queda claro que Jesucristo, a pesar de ser el Testigo por antonomasia, no testifica sobre sí mismo, sino sobre el Padre. A la inversa, el Padre testifica sobre Jesús, de modo que, indirectamente, también es considerado testigo: *Si yo diera testimonio de mí mismo, mi testimonio no valdría. (...) Y el Padre que me envió ha dado testimonio de mí. (...) Vosotros examináis las Escritura. (...) Ellas dan testimonio de mí* (Jn 5,31 ss). El Padre da testimonio de Jesús concediéndole hacer las obras que avalan su misión. Esas obras certifican, dan testimonio de Jesús; pero, en realidad, no son las obras sino el Padre quien lo acredita. Solemnemente ante Pilatos Jesús declara que él es Rey y ha venido para dar testimonio de la verdad (Jn 18,37). Lo recuerda Pablo a su discípulo Timoteo muchos años después: *Yo te ordeno delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y delante de Cristo Jesús, que dio buen testimonio ante Poncio Pilato* (1Tm 6,13). Para percibir el sustrato de la coherencia que se pide al testigo, nos preguntamos, ¿qué relación existe entre Jesucristo testigo y el testigo cristiano? Cualquiera que sea la idea que nos fragüemos del testimonio, lo esencial es no olvidar esta fuente y origen permanente del mismo: Jesucristo no tiene sucesores porque es el Viviente; ni siquiera el Espíritu Santo es *sucesor* en sentido estricto⁵. Por eso es aplicable, hoy como entonces, la respuesta que Jesús da a Pedro cuando este quiere impedirle que se dirija a Jerusalén: *υπαγε οπισω μου*, es decir: *Quítate de delante Satanás* (en la Vulgata, *Vade retro me*). Es un modo de decir *fuera de mi vista*, pero, literalmente, es una orden de seguir (*ir detrás*) y no de intentar guiar (*ir delante abriendo paso*), cosa que corroboran las palabras siguientes sobre el apostolado (*el que quiera seguirme...*). El *prius*

⁵ Autonomizar al Espíritu Santo con relación a la Encarnación, y establecer una “successio” trinitaria como parece que hizo Joaquín de Fiore, o, al menos, como le interpretaron algunos (Gerardo Di Borgo San Donnino), es, en el fondo, dar como insuficiente la redención en Jesucristo, oponer ministerio cristológico y carisma del Espíritu, y abrir el camino a la secularización de la escatología: HENRI DE LUBAC, *La descendencia espiritual de Joaquín de Fiore*, Madrid, 1989.

divino, la prioridad de la gracia, tiene aquí su expresión de modo rotundo. Cuando Pedro, en el capítulo 21 de Juan, confiesa a Jesús con aquel *Tú sabes que te amo* y recibe el encargo de pastorear, es invitado, finalmente, con la misma palabra con que Jesús lo llamó en el Lago: *Sígueme*. O sea: no olvides que sigo abriendo el camino. Solamente el discípulo, el que sigue al Maestro, el que va tras sus pasos, puede transmitir la fe. Eso hoy, en una atmósfera empresarial y burocrática, no se puede dar por supuesto.

2. [TESTIGOS DE JESUCRISTO]

a. [EL TESTIMONIO DE LOS APÓSTOLES]. La palabra “testigo” (*martir*)⁶ se aplica originariamente a los apóstoles y es propia del lenguaje forense: es el que ha visto y oído algo que atañe al acto judicial en curso y que, voluntariamente o por llamada legal, declara ante el juez lo visto y oído. Implica un tribunal neutral que debe decidir entre las razones de dos partes enfrentadas. ¿De dónde procede su inclusión en el lenguaje cristiano? Hay dos escritos del Nuevo Testamento (Hechos y Juan) que, de un modo especial, conciben la salvación operada por Jesucristo en el marco de un gran juicio entre Dios y el mundo. Dios, el juez supremo, se ha negado a juzgar al mundo; este se juzga a sí mismo al juzgar al Hijo, a Jesús. La primera instancia ha terminado con la condena y ejecución de aquel, pero su resurrección vuelve a abrir el proceso. Ahora se juzga el juicio anterior. Los apóstoles han visto y oído, y, por eso, son llamados a testificar a favor del Señor. Son llamados por el Espíritu Santo, a quien Juan denomina *Parakletos*, el Defensor. Antes de la ascensión al Padre, Jesús da las últimas instrucciones y dice: ... *Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra* (Hch 1,8). Y, poco más adelante, ya en contexto de confrontación con las autoridades, se confirma la realización de esta tarea: *Los Apóstoles daban testimonio con mucho*

⁶ Una buena exposición sobre el testimonio, JEAN-PIERRE JOSSUA, en *Diccionario de conceptos teológicos II*, Barcelona, 1990, voz “testimonio”, p. 593-600.

poder de la resurrección del Señor Jesús y gozaban de gran estima (Hch 4,33).

① **[TESTIMONIO DE LA VERDAD].** ... *He venido al mundo para ser testigo de la verdad*, dice Jesús a Pilatos cuando este le pregunta si es rey (Jn 18,37). Un poco antes, en Jn 17,17, Jesús pide al Padre que consagre a los discípulos en la verdad. Él mismo se ha declarado *camino, verdad y vida* (Jn 14,6). El don del Espíritu Santo tiene también como objeto conducirlos a la verdad plena (Jn 16,13). El testimonio es inseparable de la verdad, de una verdad que es absoluta, porque se trata de la persona del Hijo que nos revela la voluntad del Padre en un Amén definitivo. Es esa Verdad la que impide a los apóstoles obedecer a las autoridades que les ordenan callar el Nombre: *Juzgad si está bien a los ojos del Señor que os obedezcamos a vosotros antes que a Dios. Nosotros no podemos callar lo que hemos visto y oído.* (Hch 4,19-20). La verdad exige obediencia a los acontecimientos fundantes, a la fe apostólica. También exige valor. La acción evangelizadora del Señor se realiza con la mediación del Espíritu Santo, el Don divino que el Padre ha puesto en sus manos (en su Humanidad) para que la Palabra no quede en el exterior del oyente, sino que penetre hasta el fondo del alma y configure su vida interior y exterior. El Libro de los Hechos nos lo muestra con claridad meridiana en sus dos primeros capítulos. Primero, la convivencia con Jesús y sus instrucciones: la orden de permanecer en Jerusalén y esperar la venida del Espíritu renunciando a cualquier tentación de construir el Reino; luego, la reconstrucción del Colegio de los Doce, o sea, de la herencia apostólica ya sembrada en la vida histórica del Señor; finalmente, la oración en comunión, con María, y la venida del Espíritu. Solamente entonces empieza la transmisión del Evangelio, la propagación de la fe. Jesús reina y dirige este mundo hacia el Padre, otorgando el Espíritu y levantando santos; ellos son el fruto, el signo y la mediación del sacerdocio eterno del Señor. Y el Espíritu es *soplado* sobre nosotros en cada sacramento: en cada sacramento **viene** el Señor, contacta con nosotros, nos vivifica con su Aliento vivificador. El creyente se hace en la vida sacramental, donde Jesucristo ejerce su Sacerdocio y concede el Espíritu.

② **[EXPOSICIÓN PÚBLICA].** Seguramente no ha habido época como la nuestra en que más se ha mancillado la vida privada de muchos; pero es un

hecho que el descubrimiento de la privacidad y de los derechos individuales, unidos a la laicización, van relegando la fe al ámbito de la intimidad. Este hombre “privatizado”, aparentemente muy libre, es vigilado por cámaras de seguridad, está sujeto a multitud de reglamentos, figura en todas las bases de datos estatales y privadas, con sus gastos, enfermedades, aficiones... Pero se esfuerza en esconderse, en huir de la plaza pública y del compromiso. El testigo, al testimoniar ante la autoridad, se convierte en *hombre público*, expuesto a la luz, sacado al estrado, situado en el escenario. Sólo el testigo puede transmitir la fe, pero testigo no es, simplemente, el que dice a otro, en el ámbito interpersonal, sus creencias; es el que planta cara a la sociedad, a sus autoridades y leyes, si estas no están dispuestas a oír el testimonio o mandan callar.

3. [EL CRISTIANO, UN TESTIGO ORIGINAL]

① *[TESTIGO Y REO AL MISMO TIEMPO]*. El testigo cristiano no es un simple testigo forense, con todos los riesgos e implicaciones que también tiene esto. En el juicio sobre Jesús nadie es neutral, ¡ni siquiera los jueces! En realidad los jueces han tomado partido contra Jesús (el mundo, sus poderes); lo han condenado y siguen predispuestos a hacerlo. Por el contrario, los testigos favorables están tan vinculados al reo que, realmente, son sometidos a juicio por el hecho de testificar. Si son de verdad testigos, se convierten automáticamente en reos: al testificar a favor de Jesús, se autoinculpan ellos mismos ante los jueces. Me pregunto, ¿por qué todo esto? ¿Por qué un juicio parcial? Porque se juzga la intervención divina que ya ha sido rechazada repetidas veces por la humanidad. El hombre adamita ha rechazado el “*proyecto persona*” (vaciamiento de sí en la relación de amor) que Dios le ofrecía, prefiriendo el “*proyecto naturaleza*” (lucha por afirmarse en el ser frente a los competidores) que el tentador le sugiere⁷.

⁷ La oposición de ambos proyectos ha aparecido con meridiana claridad en los últimos siglos. Quizá haya sido Nietzsche quien mejor haya descrito esa oposición, presente por otro lado, en todos los programas de realizar “el reino del hombre” (marxismo, existencialismo, nazismo, transhumanismo...). Copiamos como ejemplo un párrafo del folleto *Hacia una teología de los santos en J. Ratzinger: Teresa de Lisieux*, de GERARDO DEL POZO ABEJÓN, lección inaugural del curso 2013-2014 de la Universidad de San

Jesús es la presencia de un Dios que no responde a las expectativas humanas, a las “necesidades” de la humanidad, al *statu quo*. Se sepa o se ignore, esta relación divina afecta a todo hombre en el corazón, en los afectos, ideas, bienes... Nadie puede ser neutral porque todos somos afectados en la radicalidad de la vida: *El que no está conmigo está contra mí* (Lc 11,15), como ya lo había anunciado Simeón a María: *Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón. Así se manifestarán claramente los pensamientos íntimos de muchos* (Lc 2,33s). Esta condición del testigo cristiano es connatural a su función. Jesús advierte desde el principio que los cristianos serán perseguidos por serlo: *Mirad que yo os envío como ovejas entre lobos; por eso, sed sagaces como serpientes y sencillos como palomas. Pero ¡cuidado con la gente!, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer ante gobernadores y reyes por mi causa, para dar testimonio ante ellos y ante los gentiles. Cuando os entreguen, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir, porque no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros. El hermano entregará al hermano a la muerte, el padre al hijo; se rebelarán los hijos contra sus padres y los matarán. Y seréis odiados por todos a causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el final, se salvará* (Mt 10,16-22). Resulta imposible ser testigo de Jesucristo sin sufrir su mismo rechazo: *Si al dueño de casa lo llamaron Belzebú, ¡cuánto más a los de su casa!* (Mt 10,25). Con esto se percibe a dónde lleva la fe en él y hasta dónde conduce la confesión de la misma. Una fe que no vincule al creyente con la vida y muerte del Señor, es mera creencia y no fe; una confesión sin coherencia vital tampoco.

② **[TESTIMONIO DIRECTO E INMEDIATO].** Lo anterior nos conduce a un aspecto que caracteriza exclusivamente al testigo cristiano. En el terreno forense

Dámaso (Subsidia 40): *...Ratzinger sostiene que con su teología de la infancia espiritual Teresa redescubrió para nuestro tiempo el misterio del Hijo —que es la respuesta cristiana a la pregunta moderna acerca del reino— frente al camino prometeico seguido por el hombre en la Modernidad. (...) Advierte que en las críticas al cristianismo Nietzsche quiere ir más allá de la mera doctrina teológica y llegar hasta su moral. La visión del Sermón de la montaña aparece para él como la religión del resentimiento. (...) Nietzsche contrapone a la mirada amplia de Jesús, la mirada al más acá, la voluntad de apurar hasta el fondo el mundo y sus ofertas de vida, buscar el cielo aquí abajo y no dejarse frenar por ningún escrúpulo... p.46.*

veíamos que testigo es quien ha visto u oído. El testigo que testifica el testimonio de otro testigo, es de menor cuantía; el verdadero testigo es el testigo directo e inmediato. El testigo de Jesucristo hoy, en principio, parece limitarse a testificar el testimonio de aquellos que vieron y oyeron, los apóstoles; da la impresión de ser un testigo indirecto. Sin embargo, no es así exactamente. La misma implicación que veíamos en el número anterior se debe a una vinculación íntima entre Jesucristo y el cristiano; lo examinaremos al tratar del testigo como creyente. El testigo habla de Jesucristo *presente en él*, conocido directamente por medio del Espíritu Santo, aunque con la necesidad de mediación externa. No testifica de algo externo a él: ¡testifica de él mismo! ¡Jesucristo es su vida! Este es el rasgo más importante del verdadero creyente y esto explica la posibilidad real de un testimonio **directo e inmediato a veintiún siglos de distancia** de los acontecimientos. Y, por eso, es imposible el testimonio sin la fe que describiremos después. Y es posible por la incorporación real que produce la Eucaristía. Testimonio en presente. El Señor es su centro afectivo, su eje vital, su horizonte existencial; su vida no es explicable sin él. Cuando habla de Jesús, cuando presta testimonio, no lo hace sobre algo que sucedió en el pasado, sobre alguien que vivió ayer, o desde fuera de aquel acontecimiento personal. Por eso, es identificado por los jueces como si fuera el mismo Cristo y tratado como tal. **En el testimonio se da la máxima identificación vital entre Jesús y el creyente: es el momento de la consumación de la unión.** La *successio* en la Iglesia es la legitimación histórica del encargo de gobierno de la misma, pero ello no impide lo que venimos afirmando: el testigo cristiano lo es por su vinculación íntima con el Señor. En consecuencia, cada cristiano es presencia real y verdadera de Jesucristo, gracias al Espíritu Santo que habita en su alma; así se transmite la fe, **por el encuentro con el mismísimo Señor en la persona de los cristianos.** En consecuencia, sigo insistiendo: la clave de la transmisión de la fe no radica en el tipo de estrategias o tácticas, sino en la presencia de testigos.

4. [TESTIMONIO Y CREDIBILIDAD]

a. Tras esta breve exposición del origen de la dimensión testimonial cristiana, todavía, antes de entrar de lleno en el diseño de la figura del testigo, es preciso eliminar una cierta mitificación o tergiversación del mismo. Durante los años inmediatamente posteriores al Concilio, el testimonio ha ocupado un gran espacio en los temas relativos a la evangelización o transmisión de la fe. Ante la falta de credibilidad que parece tener esta, hemos llegado a pensar que solamente **los hechos** testimoniales pueden llenar ese vacío. El testimonio se identifica, sin más matices, con los hechos del testigo, con su conducta. Lo urgente, se repite sin cesar, es *dar testimonio*. ¿Y qué se quiere decir con esta frase? Algunas veces, incluso, sugiere dejar en segundo lugar la oración y la presentación de razones de credibilidad para acentuar la importancia de una conducta coherente, donde brille la solidaridad, la lucha por la justicia, y los valores que el Señor predicó durante su vida mortal. En este caso, el testimonio se reduciría a la conducta y vendría a identificarse con el compromiso; iría unido íntimamente con la *autenticidad*. “Autenticidad”: término relacionado con la verdad de algo; auténtico es lo no falsificado. Pero, a partir del existencialismo, esta palabra se carga de subjetividad: una persona auténtica es una persona que obra según **sus** principios o, como dice el DRAE, *honrado, fiel a sus orígenes y convicciones. Es un tío auténtico*. La verdad (objetiva) llega a ser suplantada por la autenticidad (subjetiva). Este deslizamiento de la verdad hacia la coherencia personal tiene que ver con dos cosas: con la degradación del concepto de verdad (verdad igual a eficacia) y con la libertad subjetiva como máximo valor. Habrá que matizar muy bien la relación entre la coherencia de la conducta y el testimonio, y no reducir este a aquella..., aunque la incluya necesariamente. Antes, digamos algo sobre el proceso sufrido para llegar a la confusión que denunciemos.

① **[EL PROBLEMA DE LA CREDIBILIDAD]**. Cuando el racionalismo de la Ilustración invade la esfera de lo religioso, y la división de los cristianos produce una confrontación ideológica permanente, se desarrolla una apologética polemista que pretende basarse en pruebas irrefutables: pruebas de la existencia de Dios, de la divinidad de Cristo, de los milagros, de la verdadera Iglesia... En el *analysis fidei*⁸, el llamado *juicio de credibilidad*,

⁸ JOSEF TRÜTSCH, en *Mysterium Salutis, vol.I, tomo II*, Madrid, 1969, p. 967 y ss.

anterior y externo al acto de fe pero necesario para llegar a él, consistía en la presentación de las razones para creer. Como digo, los teólogos tenían muy claro que no provocaba la fe, pero disponía a ella. De todos modos, el intento de probar todo era un tanto pretencioso y, por otro lado, el lenguaje científico se iba alejando cada vez más de los silogismos probatorios propios del lenguaje escolástico. Ante el fracaso de las razones de credibilidad, se desarrolló la **apologética de la inmanencia**⁹, del deseo profundo del alma, de las aspiraciones que encontraban su respuesta en la fe. Esta línea tiene grandes valores, pero tampoco fue suficiente. Dada la nueva concepción que se abre paso con el marxismo (verdad vinculada a la praxis del cambio), y la *autenticidad* con que sueña el existencialismo ateo, el cristiano relee el Nuevo Testamento y encuentra que la transmisión de la fe tuvo mucho que ver con la caridad, con el servicio a los pobres, con la conducta moral, etc. Y se recupera el término *testimonio*, tan enraizado en los escritos apostólicos.

② **[EL VALOR PROBATORIO DEL TESTIMONIO]**. Concebir el testimonio desde la perspectiva del humanismo ateo puede llevar implícito el mismo error que lastraba las apologéticas de la razón o del sentimiento. **Y es que ni las razones objetivas o pruebas, ni las aspiraciones internas, ni la conducta coherente pueden obligar a la fe.** Esta es un acto libre, libérrimo, donde razones, aspiraciones y coherencias sirven de mediaciones para acercar y abrir; pero son la gracia de Dios y la libertad del hombre las que protagonizan el encuentro. ¡No pongamos la fe en el testimonio sino en Jesucristo; pues, entonces, no sería testimonio cristiano! El testimonio cristiano no es, **simplemente**, la conducta que prueba la eficacia de la fe cristiana ante los problemas del hombre y del mundo. No consiste en probar que la fe produce un compromiso capaz de transformar las estructuras de la convivencia. Primero, porque esos cambios son lentos; segundo, porque no es fácil probar *a posteriori* qué factores los produjeron; tercero, porque, a veces, el mal, el pecado, frustra la bondad derramada y sembrada. Aclarado esto, como hemos optado por centrarnos en el *factor humano* de la transmisión, ahora sí, vamos a intentar dibujar el perfil del testigo de Jesucristo.

⁹ M. BLONDEL, *L'Action*, 1893.

- II -

TRES RASGOS DEFINEN AL TESTIGO DE JESUCRISTO

He aquí lo que creo imprescindible para definir al transmisor de la fe. El testigo no es, simplemente, el que muestra en su conducta la huella de los valores defendidos por Cristo Jesús. Nuestra postura decidida es que se trata de un término que involucra la totalidad de la persona desde sus raíces más íntimas. Hablar del testigo es asumir existencialmente todo lo que hemos oído acerca de la fe durante los días anteriores. Por eso, ofrecemos tres rasgos que definen al testigo, rasgos profundamente vinculados entre sí, **absolutamente inseparables**. No sólo inseparables: interdependientes; no se trata de tres *partes* o de *pasos sucesivos*. Están íntimamente unidos; de modo que uno sin los otros no es verdadero. Son: creyente, confesor, coherente.

1. Creyente

A. RADICALIDAD DE LA FE

Si Jesús es el transmisor nato, el verdadero y último protagonista de la evangelización, el testigo lo es cuando está plenamente vinculado al Señor; es decir, cuando merece de verdad el calificativo de creyente. ¿Qué es ser creyente en la perspectiva cristiana? Copiamos una frase de Balthasar: *Cristiano es la persona que “vive de la fe” (Rm 1,17), es decir, que ha apostado toda su existencia a una posibilidad que nos brindó Jesucristo, el Hijo de Dios, obediente por todos nosotros hasta la cruz:*

*participar en el sí a Dios, un sí obediente que redime al mundo*¹⁰. No el que “tiene fe”, el que es poseedor de creencias, sino el que *vive de la fe*, aquel para quien la fe es fuente de toda su vida y de todas las dimensiones de la misma. Vale la pena meditar las palabras de Benedicto XVI en los primeros párrafos de la encíclica *Deus caritas est*; elegimos este: *Hemos creído en el amor de Dios: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.* La fe no es una parte de la vida; es la entrada de Jesucristo en la raíz de la misma, hasta configurarla por completo, hasta empapar todas sus dimensiones: la afectividad, la creatividad artística, el uso de los bienes, la actividad de los sentidos, las relaciones sociales, ¡todo! Destaco algunos rasgos:

a. [LA FE ES JESÚS]. Jesucristo ocupa el alma del creyente. La fe no es, primero, una opción, sino una **pasión**, una gran pasión, la pasión más fuerte y poderosa. No se conquista, se padece. Con palabras de un trabalenguas popular que habla del amor: *...Quiero y no quiero querer a quien no queriendo, quiero; y he querido sin querer, y estoy, sin querer, queriendo...* Se ama de verdad rompiendo todos los proyectos, rompiéndose uno mismo; el amor es una novedad que altera el curso monótono de la vida y provoca resistencias nada pequeñas; igual la fe. Para el creyente es su apuesta total, mayor aun que la apuesta de la vida por un cónyuge, sabiendo que este puede no responder a esa entrega incondicional. Un budista podría seguir siéndolo (con gran dolor) si se descubriera que Buda no existió; lo importante del budismo son las Cuatro Nobles Verdades y el método para liberarse del deseo y llegar al nirvana; si el método funciona, ¿qué más da quien lo originó? Lo mismo podría ocurrir si un musulmán descubriera la vida de Mahoma como indigna de su misión; al fin y al cabo, por esencial que sea esa misión, no deja de ser un profeta; si lo que profetizó fue cierto, aun en el supuesto de su falsedad personal, sería válido. Pero, si del cristianismo se elimina la confesión acerca de la persona de Jesucristo, no queda nada, pues el cristianismo es él¹¹: vivir en él, morir en él, casarse en

¹⁰ H.U. VON BALTHASAR, *Quién es cristiano*, Salamanca, 2000, p.62

¹¹ Qué bien y qué inteligentemente lo ha mostrado J. RATZINGER en su obra *Jesús de Nazaret*, primera parte, Madrid, 2007, cuando en las páginas 133 y siguientes asume la intuición que JACOB NEUSNER expone en *Un rabino habla con Jesús*, Madrid, 2008 (original en año 2000).

él..., por él y con él y en él. ¿Qué sería de mi vida si un día descubriera que me engañé al dar mi vida a Jesús? Recuerdo a este respecto el comentario que Julián Marías hace de una escena, la última, de la película *la Reina Cristina de Suecia*, interpretada por Greta Garbo: *La culminación de "La Reina Cristina de Suecia" y probablemente de toda la obra de Greta Garbo es el plano final, aquel rostro inmóvil, sin una lágrima ni un pestañeo, en la proa del barco que va a levar anclas, después de haber visto morir al hombre amado, muerto en duelo en el momento en que iban a partir juntos. No recuerdo nada semejante. Nunca el cine ha mostrado tan profundo dolor, tal desolación, sin una palabra ni un gesto, en la inmovilidad de una expresión congelada...*¹² Pues bien, un creyente es la persona que ha puesto **toda su esperanza de ser amado y de amar** en Jesucristo; él es su único futuro posible: *Si Cristo no ha resucitado somos los más desgraciados de los hombres*, dice Pablo, plenamente consciente de lo que dice, en 1Co 15,19. *Señor, ¿dónde iremos si sólo tú tienes palabras de vida eterna?*, dice Pedro cuando muchos abandonan a Jesús y este interpela a los suyos preguntándoles si ellos también lo abandonan (Jn 6,68). Si uno no tiembla de pavor ante la sola idea de que ese amor pueda fallar, es que no cree. El dolor de Juan de la Cruz, o de Teresa del Niño Jesús, o de Teresa de Calcuta ante la noche de la fe muestra lo que la fe significa para el creyente.

b. [VIVIR EN ÉL]. El hombre con alma, o sea, abierto al infinito y deseoso de una respuesta acorde con su inquietud, percibe, mediante los sentidos no cegados, una presencia que llama a su puerta, la de Jesucristo; a la vez, el Espíritu Santo penetra por la apertura que es el alma para abrir los ojos de par en par hasta exclamar el corazón: ¡eureka, lo encontré! La fe supone la entrada de la vida eterna en uno, la realización plena de la apertura al infinito, la divinización. No es algo externo, añadido: es raíz y fundamento del vivir. Y es que no se trata solamente de *seguir* al Señor (escuchar e imitar); ni siquiera de *estar con él* (acompañarlo en la misión). *Es vivir en Cristo porque Cristo vive en mí.* Ese **en**¹³ resulta clave para

¹² Cf. JULIÁN MARÍAS, *tercera de ABC de 7 de enero de 2000*.

¹³ Pablo acentúa más intensamente todavía el ser "en Cristo" o "en el Señor" (én *Xristô* o én *kurio*, unas 20 veces en la Carta a los Romanos y otras tantas en la Carta primera a los Corintios; además, en Fil 1,1.14; 4,7; 2 Co 5,17 y *passim*.... Diccionario Exegético del N.T., HORST BALZ y GERHARD SCHNEIDER, vol. I, col. 1931.

entender la espiritualidad y el estilo cristianos¹⁴. La fe tiene forma eucarística y ha de ser alimentada por la presencia interior del Señor.

C. [EN LA NUEVA FAMILIA]. Mas vivir en Cristo, entregar la vida a la voluntad de Dios manifestada en él, sólo es posible siendo incorporados a su Cuerpo sacrificado y glorioso, lo cual no es más que vivir en el Cuerpo del Señor, en la Iglesia¹⁵. La fe genera un parentesco más hondo que el carnal porque es un nuevo nacimiento: *Ellos no nacieron de la sangre, ni de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino que fueron engendrados de Dios (Jn1,13). Estos son mi madre y mis hermanos. Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre. (Mt 12,47-48). Una mujer de entre la gente, y dijo: ¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron! Pero él (Jesús) dijo: Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan. (Lc 11:27-28).* No hay fe al margen de la Iglesia; en ella somos engendrados para Jesucristo por medio del agua y del Espíritu. El testimonio de Jesucristo es, siempre e indisolublemente, testimonio de la Iglesia, su esposa, su corona y su gloria. Sin esta dimensión de la fe, el testimonio es imposible.

B. FE Y ORACIÓN

Este vivir en Cristo lleva consigo, necesariamente, un modo de situarse ante Dios, que es la oración. Se puede decir que el nivel de oración delata el nivel de fe de un individuo y viceversa. Si la fe es ver el rostro del Señor, ... *Pedro comprendió y expresó lo más propio de la Persona de Jesús en el momento en que había contemplado a Jesús orando, en su ser una sola cosa con el Padre. Quién es Jesús, según Lucas, sólo puede verse si se ve a Jesús orando. La confesión cristiana proviene de la participación en la oración de Jesús...*¹⁶. Es un punto clave a la hora de pensar en una transmisión real de la fe. La oración no es solamente una petición de ayuda al Señor; no es, simplemente, una especie de entrenamiento para estar en

¹⁴ SATURNINO GAMARRA, *Teología Espiritual*, Madrid, 2004, cap. 3º, 53X y ss.

¹⁵ Una magnífica síntesis magisterial en CIC, nº 166 y siguientes. Cf J.RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Salamanca, 1969, p. 291 y ss. RICARDO BLAZQUEZ, *Jesús sí la Iglesia también*, Salamanca, 1983, p. 291 y ss.

¹⁶ J. RATZINGER, *Miremos al Traspasado*, Rafaela (Prov. Santa Fe, Argentina), 2007, p.19

forma antes de la acción. Es el reconocimiento de la prioridad de Dios, del “antes” propio de la acción divina. Es aguardar su palabra con el corazón abierto y dispuesto. Es el tiempo ofrecido, sacrificado, el sábado que antecede a la salida de la tumba. Es la acción radical, fuente de todas las acciones del cristiano.

a. [PARTICIPACIÓN EN LA ORACIÓN DEL SEÑOR]. La oración cristiana es la participación en la oración celeste de nuestro Señor Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote. Sin ella, toda la vida cristiana se convierte en un idealismo, en un moralismo estéril. El cristiano vive de los salmos, de la oración litúrgica. Es un “hijo de la anáfora”, de la Prex eucarística. La oración “sacerdotal” de Jesús que nos transmite Jn 17, recoge su oración histórica en la Hora, pero situada en el cielo tras la resurrección. La *prex eucarística* o anáfora acoge nuestra oración nacida del Espíritu y verbalizada en la liturgia. Participando en ella aprende a orar, a acompañar a Jesucristo que ora en nosotros mediante el Espíritu Santo. *El que no quiere oír primero a Dios, nada tiene que decir al mundo. «Se afanará por muchas cosas», como tantos sacerdotes y laicos hoy, hasta el límite de sus fuerzas, y omitirá lo único necesario; se inventará pretextos para olvidar y justificar esta omisión (...) Hoy solo es posible encontrarse con Dios en medio de la acción; de otro modo nunca lo alcanzaremos (...) Sólo se puede caminar hacia Dios si, más allá de todos los problemas propios, queda en nosotros el espacio libre para acoger su voluntad sorprendente, y, si todos los programas, previsiones y cálculos se ponen en marcha o quedan en suspenso ante la superioridad de su llamada. Sólo en tal actitud de obediencia absoluta por encima de todo, puede el cristiano adoptar la palabra «amor» para su vida y conducta. De lo contrario, su actitud y su compromiso no rebasarán el nivel de un compromiso humano medio que, según enseña la experiencia, a veces es más eficiente y acepta mayores sacrificios que el compromiso de muchos cristianos*¹⁷.

b. [ORACIÓN Y GLORIA DE DIOS]. Orar es dar gloria a Dios, reflejar amorosamente su luz. Es reconocer y santificar su Nombre, acoger su voluntad, desear la venida de su Reino renunciando a cualquier mediación que se oponga a ello; de modo que la petición del pan está subordinada a todo esto: el pan necesario para actuar dando gloria a Dios, para reflejar su

¹⁷ BALTHASAR, o.c. p. 80-82.

bondad, su belleza, su verdad. Lo que se pide, se pide teniendo en cuenta a la Iglesia, al mundo, y no solo las necesidades personales; pero se pide también desde ese deseo profundo del alma que nos une a Jesucristo y que se expresa en la primera parte del padrenuestro: para gloria de Dios, para que su Nombre sea santificado, para que se cumpla plenamente su voluntad y así reine en los corazones y en las relaciones, en el mundo. De este modo, comprendemos lo que copiábamos de Balthasar: Orar es salir de sí mismo, de ese sí mismo clausurado y cegado a la luz; ahí es donde se sale de verdad; luego eso se realizará en la práctica. **Orar ya es transmitir la fe radicalmente, hacerla salir del fondo del corazón, pronunciarla ante quien la origina y la pide.** Y, una vez que sale, ya no hay quien detenga el movimiento. Si se quiere dar un nuevo impulso a la evangelización, a la transmisión de la fe, el primer paso y el clima imprescindible es la comunidad orante, la comunidad que levanta sus manos a Dios para bendecir, para agradecer, para pedir, para alabar. En esta atmósfera acontece siempre la efusión del Espíritu Santo, imprescindible para la misión.

Así pues, el testigo ha de ser, en primer lugar, creyente; pues, su testimonio no se puede reducir a una conducta externa, a una serie de acciones quizá heroicas, sino que ha de brotar del corazón, de la fe, como algo connatural.

2. Confesor

A. CONFESAR, DECLARAR

Pero, ¿se puede ser creyente-testigo sin confesar públicamente la fe, la pasión, la inhabitación de su vida? ¿Cabe una *fe infusa*¹⁸, al modo ockamista o nominalista, anterior e independiente de la confesión de aquello que se cree respecto a Aquel a quien se cree? ¿Se puede separar el

¹⁸ M^a SOCORRO FERNÁNDEZ-GARCÍA, *Gabriel Biel, Lutero y la justificación por la sola fe*, en SCRIPTA THEOLOGICA 30 (1998/3) pp. 891-896.

credere in Deo del *credere Deum*, la confianza personal en Dios del contenido de la intervención divina? Confesor es un título que el cristianismo antiguo (¿desde San Cipriano?) daba a los fieles que no habían llegado a morir en el martirio, pero habían mantenido su confesión de fe a pesar de torturas, destierros y grandes sufrimientos. El término latino *confessio* equivale al griego *homología*, que viene a significar la declaración que compromete y genera derechos y obligaciones. Cuando un hombre público es interpelado por los medios o por sus conciudadanos, suele leer o enviar a la prensa una declaración donde compromete su palabra y trata de clarificar su conducta. Cuando en el acto penitencial decimos *yo confieso ante Dios...*, estamos haciendo una declaración pública: *yo declaro ante Dios, ante los santos, ante los hermanos, que he pecado, y me declaro responsable único de mis actos*. El credo, en sus distintas formas desde el comienzo, era la declaración de la fe por parte de los cristianos; los comprometía consigo mismos, con la comunidad eclesial y con la sociedad. La “declaración” o confesión del cristiano es doble y simultánea. Por un lado, principalmente es *confessio fidei*, confesión de las maravillas que Dios ha realizado en la Historia Salutis y que han culminado en el misterio salvífico de la Encarnación, Muerte y Resurrección de Jesucristo. Subordinada a esta confesión, pero inseparable, es la *confessio peccati*, el “yo pecador me declaro ante Dios”. Sólo quien confiesa humildemente el pecado, puede confesar la fe sin caer en la soberbia fundamentalista; sólo quien confiesa las maravillas de Dios puede mirar de frente su pecado sin hundirse en la desesperación. Sin embargo, nos podemos preguntar hoy: ¿no es la fe asunto del corazón? ¿No pertenece al ámbito de la intimidad? ¿Para qué decirlo si se siente sinceramente?

a. [IMPORTANCIA DE LA PALABRA HUMANA]. Declarar o confesar es poner en palabras las convicciones íntimas, o sea, el corazón. En la fe, lo interno y lo externo forman una unidad inseparable: ... *Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y crees en tu corazón que Dios lo levantó de entre los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para ser justificado, pero con la boca se confiesa para ser salvo* (Romanos 10:9,10). ¿Caemos en la cuenta de lo que significa el don de la palabra para el hombre? Hemos sido creados a imagen del Verbo, de la Palabra divina; somos *encarnaciones diminutivas*, pequeñas palabras pronunciadas por el Verbo

en el interior de esta creación abierta a la libertad y a la persona. Es el arma que Dios da a su profeta: *Yo pongo mis palabras en tu boca. Yo te establezco en este día sobre las naciones y sobre los reinos, para arrancar y derribar, para perder y demoler, para edificar y plantar* (Jr 1,10). La palabra humana no es solamente un sonido pactado para informar; es el corazón, la afectividad que se hace sonido, que sale por la boca. Quien nos impide hablar nos impide ser; la palabra es el último reducto de la libertad¹⁹. El aliento genesiaco de Dios que nos hace humanos, nos llega por su Palabra: la palabra es la respiración del alma. Es un vínculo de amor, de relación, el vínculo más humano. Pero no olvidemos algo esencial que se suele pasar por alto: que también la palabra configura el propio corazón del que habla; no sólo *sale de dentro*, también penetra en el interior y altera el corazón. Terminamos siendo lo que hemos dicho a lo largo de la vida; también, por supuesto, aquello a lo que hemos dado escucha desde el corazón. El octavo mandamiento advierte de la peligrosidad de la palabra cuando se usa mal; destruye la fama del otro, engaña sobre las propias intenciones, pero, sobre todo, pervierte al que así la pronuncia. La palabra es inseparable de la afectividad y también de la idea. *Hablar en vano*, aunque no se hable de Dios, es ofender a la divina Palabra, es degradar tan precioso don y vaciar la vida de contenido. La palabra se degrada en *tópico* cuando es impersonal y, de tan usada, apenas significa nada. Se pervierte en *taco* —viga, grosería— (*voto, juramento, palabrota* según el DRAE), cuando la carga emocional negativa es tal que anula el significado. La transmisión de la fe implica hablar con respeto divino la palabra humana que Dios ha hecho suya en la Encarnación tras convertirla en profecía. *Yo dije: ¡Ah, Señor, mira que no sé hablar, no paso de ser un muchacho!* (Jr 1,7). *¡Ay de mí, estoy perdido! Porque soy un hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros, (...) Uno de los serafines voló hacia mí, llevando en su mano una brasa que había tomado con unas tenazas de encima del altar. Él le hizo tocar mi boca, y dijo:*

¹⁹ Preciosamente expresado en el conocido poema “*Me queda la palabra*”, en el que BLAS DE OTERO se niega a ser callado por el ataque a la libertad de expresión: “Si he perdido la vida, el tiempo, todo/ lo que tiré, como un anillo, al agua, / si he perdido la voz en la /maleza, / *me queda la palabra*. // Si he sufrido la sed, el hambre, todo / lo que era mío y resultó ser nada, / si he segado las sombras en silencio, / *me queda la palabra*. // Si abrí los labios para ver el rostro / puro y terrible de mi patria, / si abrí los labios hasta desgarrármelos, / *me queda la palabra*”.

Mira: esto ha tocado tus labios. (...) ¿A quién enviaré y quién irá por nosotros? Yo respondí: ¡Aquí estoy: envíame! (Is 6,5-7).

D. [PALABRA Y DIÁLOGO]. Hablamos de la palabra como si fuera en una sola dirección y no es así. La palabra es palabra humana, a imagen del Verbo divino, cuando entra en diálogo, se abre a la palabra del otro para escuchar y responder amorosamente a su interpelación²⁰. La palabra es expresión y realización de la persona, y esta es relación. El monólogo es un género literario, pero si no quiere ser una patología, ha de surgir de la palabra de otro y ha de ir dirigido respetuosamente a otro u otros. *Ese va hablando solo*, decimos de la persona que habla consigo mismo y que, casi siempre, lleva consigo una dosis de soledad muy grande. Dialogar es escuchar y responder. La evangelización o transmisión de la fe es inseparable del diálogo, pero ¡atención!: no porque *pedagógicamente* sea más útil y llegue mejor al otro; no es cuestión de técnica o estrategia, sino de respeto. Tampoco porque la Verdad sea producto del consenso; sabemos que es dada por el Verbo. Es simple cuestión de respeto a la persona, de comunicación afectiva y enriquecimiento mutuo. ¿No respeta Dios al hombre? ¿No es la palabra divina expresada en la Escritura el resultado de un diálogo entre Dios y el hombre? ¿Tendríamos los salmos sin ese diálogo y mutua escucha entre Dios y el orante? Insisto en que no es cuestión de táctica sino de perfil personal: el transmisor de la fe ha de ser una persona gestada en el diálogo, capaz de escucha, capaz de hablar al corazón del otro en su lenguaje y en su onda sentimental. La predicación de la fe, sin esta condición, es un acto de fundamentalismo o de proselitismo manipulador. El verdadero diálogo sólo es posible para quien sabe lo que cree y posee su fe pacíficamente.

C. [EL TEÓLOGO, TESTIGO DE UN DIÁLOGO CON LA INTELIGENCIA]. En ese diálogo que es la transmisión de la fe, surgió la teología, instrumento de transmisión, si responde a su naturaleza. En realidad, la teología misma es un acto de diálogo, una conversación difícil y provechosa entre la fe y la razón. El teólogo es, ante todo, un creyente que recibe obedientemente la regla de la

²⁰ El diálogo es elevado casi a programa de un pontificado en la encíclica primera de Pablo VI, *Ecclesiam Suam* (6-VIII-64), especialmente a partir del número 27 que titula, precisamente, el diálogo. Partiendo de una visión de la historia de la Salvación como diálogo entre Dios y el hombre, se hacen importantes precisiones sobre la naturaleza del diálogo en la predicación del Evangelio.

fe, un verdadero confesor²¹. No es el constructor de un sistema de creencias a base de búsqueda racional; mucho menos, el encargado de adaptar la fe a las exigencias de la sociedad de su tiempo. Mas su confesión no se limita a declarar y explicar la fe recibida, sino que va más allá. Pretende mostrar su conexión con la razón humana, con el saber racional; pone en crisis la fe desde las preguntas de la razón, confiando plenamente en su verdad y solidez. Desea mostrar el mutuo enriquecimiento: la fe adquiere una capacidad de explicación más universal y escapa a la tentación fundamentalista o literalista. La razón se abre a un más allá de sí misma que, lejos de negarla, la ilumina y la amplía. Ciertamente, en la transmisión de la fe en nuestros días, lo primero es la fe, el creyente; pero es imprescindible, como tantas veces ha explicado Benedicto XVI, mostrar la coherencia con la razón, la sabiduría humana que contiene. Sin pretenderlo directamente, el teólogo renovará el lenguaje creyente con toda fidelidad a la regla de fe. Una tarea ardua pero imprescindible. En la preparación del creyente, capaz de transmitir la fe, es muy necesario distinguir entre la catequesis de adultos o catecumenados y el estudio de la teología. No hay una teología popular, ni es conveniente un abaratamiento del esfuerzo y dedicación que exige este saber. No se debería otorgar el título de teólogo con estudios mínimos y elementales. Ciertos grados apresurados, estudios sin hondura, pueden crear una falsa idea del teólogo. Para transmitir la fe no es preciso ser teólogo sino creyente bien informado de la fe que profesa y capaz de expresarla con sencillez. Me dio que pensar un comentario de D. Antonio Montero, antiguo arzobispo de Badajoz y fundador de la Editorial PPC, acerca de un gran país católico cuyo nombre omito: *la Iglesia de... tiene grandes teólogos pero no tiene pueblo*. El esfuerzo para formar a los cristianos y darles palabras para decir la Palabra, no debe hacer olvidar lo más importante: la fe es patrimonio de los sencillos de corazón, hace sencillos de corazón. Una Iglesia con cultivados teológicamente es una iglesia luminosa, pero una iglesia de “cultos” pierde antes o después al pueblo sencillo, o sea, se pierde a sí misma.

d. [SENTIMIENTOS Y TRANSMISIÓN DE LA FE]. En el proceso cultural de reducción del hombre a sus estados de ánimo y de triunfo de las emociones

²¹ Cf. Instrucción *Donum Veritatis* sobre la vocación eclesial del teólogo. Congregación para la Doctrina de la Fe, 24 de marzo de 1990.

más superficiales sobre las ideas y los sentimientos más profundos, es preciso un discernimiento serio sobre una posible transmisión excesivamente emocional y colectiva. Es una gracia —que nadie lo desprecie— la presencia de corrientes carismáticas o de movimientos en torno a peregrinaciones y grandes eventos. Estas realidades vienen, en su esencia, del Espíritu Santo y pueden ser una respuesta creyente a nuestra época en su mismo lenguaje y con una nueva pasión confesada pública y gozosamente. Pero, lo mismo que con relación a la teología o a cualquier otro medio, conviene discernir y profundizar. El sentimiento o afección (no las emociones ni los estados de ánimo) es la base de la persona, de modo que lo que no se transmita mediante el sentimiento, difícilmente llegará al corazón. El cristianismo es la manifestación afectiva de las personas divinas a la humanidad mediante Jesucristo. El discipulado es, finalmente, un seguimiento afectivo (*¿Me amas más que estos? El que ama a su padre o a su madre más que a mí... Tanto amó Dios al mundo... Amaos los unos a los otros como yo...*). La Encarnación es fruto de la afección de Dios por el hombre y Juan lo declara explícitamente de la Cruz: *Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito. ¿No podríamos decir —como comentario al versículo de Juan que nos dice que *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*— que tanto se aproximó Dios al hombre que se contagió de humanidad?* La transmisión de la fe, a veces, ha adolecido de calor, de emoción, de proximidad, y ha decaído en una mera enseñanza de ideas. Pero los afectos, a diferencia de las puras emociones, son inteligentes y capaces de explicación. Mientras que las emociones paralizan y bloquean la inteligencia, los afectos la despiertan y liberan. Los grandes encuentros, las grandes peregrinaciones, las expresiones colectivas cálidas, si no van acompañadas de las razones de la fe y de una educación para la praxis cristiana, pueden agotarse dejando un gran vacío. Es preciso clarificar este asunto. Hablamos de *afecto* para referirnos al cambio que experimenta la profundidad del corazón ante la presencia de alguien que me ama y es correspondido. *Afecto, afección, afición*, es mucho más que *emoción*: esta última es solamente una pulsión psicobiológica que motiva a alterar la conducta gracias a un estímulo; el deseo, el hambre, el miedo, la agresividad; compartimos las emociones con el animal gracias a nuestro *paleocerebro o cerebro reptiliano*. La afección, por el contrario, personaliza las emociones, las purifica de egoísmo destructor, las pone al

servicio del amor y las modera. Los *sentimientos* no son ni emociones ni afecciones: son *estados de ánimo* que pueden proceder de hondas afecciones, amor u odio, pero también de un mimetismo impersonal (ambiente romántico...), del *transfer* (llorar por ver llorar...). La persona que asume como discípulo la transmisión de la fe, ha de caminar a una armonía interior del corazón, trabajada en la ascesis emocional, pero, sobre todo, armonizada por un único centro, por un único corazón: el habitado por el Señor sin rastro de ídolos. En este sentido, un conocimiento de la teología, especialmente del discernimiento de espíritus, es importante. Recuérdese la importancia que Teresa de Jesús daba a la elección de consejeros *letrados*.

3. Coherente

Vamos a empezar esta última parte caracterizando los rasgos que perfeccionan la figura del testigo, para justificar y explicar que el creyente que no es coherente en su conducta, vive una fe muerta y no puede considerarse testigo del Señor. Por tanto, afirmamos que la vida diaria es la predicación esencial del cristiano, siempre que sea exteriorización del corazón y concreción de la palabra. El testimonio se concentra en el vivir cotidiano.

A. LA COHERENCIA DEL TESTIGO

¿Insistiremos de nuevo? Ninguna conducta, por muy ejemplar que sea, impone la fe. Esta es fruto de la gracia divina y de la libertad humana. Pero, antes o después, la conducta de toda persona termina adecuándose a su interioridad, a su corazón. Por tanto, si realmente Cristo habita en el testigo, la vida de este será, antes o después y en mayor o menor medida, coherente con esa presencia. He advertido contra la tendencia a empezar por la conducta como si esta fuera la persona; es un resabio pelagiano que

los existencialismos y marxismos han resucitado; conduce al fariseísmo²². Ahora bien: una cosa es desautorizar un testimonio pretencioso, aparente, protagonista, y otra muy distinta sería no dar importancia a los hechos, a la manera de vivir, al estilo. Permitid, para aclarar un poco más, que os recuerde la importancia del estilo. Es más que la conducta: es esta, pero cuando *nace de muy adentro* y se manifiesta en gestos, y en acciones *sencillas y continuadas*. El estilo es la revelación de la armonía integral de la persona; es la belleza interior revelada en lo exterior²³. El estilo se revela en la intimidad, en la ausencia de testigos, cuando estamos “sin corbata y en zapatillas”. “Tener estilo” es manifestarse habitualmente de un modo armonioso, sin necesidad de propósitos voluntaristas. Gracia y estilo son correlativos, pues el voluntarismo no crea estilo. De ahí nace la coherencia no forzada de la vida, del testimonio. Armonía: no es testimonio la heroicidad en la vida política acompañada por el desamor en la vida familiar. No es testimonio la guarda cuidadosa de la castidad, acompañada por la ambición de bienes. Estilo, coherencia, muestran la hondura de la conducta y su procedencia del Espíritu Santo. Lógicamente, el testimonio es inseparable de la gracia, porque es gracia y belleza. ¿Algunos rasgos del testigo cristiano en su conducta?

a. CARIDAD. Basándonos en esto, damos un paso más: el testigo lo es **de la caridad** divina manifestada en Cristo Jesús. *En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros* (Jn 13,35). Y no se trata de *hacer caridades* sino de *ser caridad*. El testigo, habitado por el Espíritu de Dios, no puede contemplar el sufrimiento ajeno sin sentirse herido e interpelado a actuar. La parábola del samaritano (Lc 10,29-37) es un relato

²² Pienso en el actual Pontífice, Francisco. Alguien puede decir con toda razón: “¡cómo llega al corazón de las multitudes con esos gestos llenos de ternura y con esas palabras claras y contundentes!”. Cierto, pero no olvidemos ni permitamos que se olvide que Francisco (Cardenal Bergoglio, Jorge Bergoglio SJ) es un hombre orante, hondamente arraigado en la oración, sometido por su libertad a permanente discernimiento teológico, identificado con su vocación y oficio de pastor. Sus gestos y palabras llegan al corazón, no tanto como hechos aislados, sino como exteriorización de un estilo largamente gestado, asumido, perfeccionado. En caso contrario, no dejarían de ser similares a esas actuaciones teatrales de tantos personajes públicos para lograr apoyo popular, pero sin alma. Esto es lo que tratamos de decir sobre el testimonio.

²³ No es casual que BALTHASAR haya estudiado como “estilos” las grandes vocaciones cristianas, y, además, en su obra *Gloria. Una estética teológica*. Madrid, 1985, el primer volumen y años siguientes los restantes. Justamente, su teología de o desde la belleza explica *Estilos eclesíasticos* (vol. 2º) y *Estilos laicales* (vol. 3º).

abierto a toda persona y a toda situación, privada o pública. En definitiva, lo que Jesús condena en el sacerdote y en el levita que evitan al herido es que lo vean como algo que no les concierne; al samaritano sí le concierne, hasta el punto de desviar su atención y retrasar sus planes. No olvidemos que la fe es precedida por la caridad recibida: creemos en el Amor y nos mueve el amor a creer; creemos para amar plenamente. La caridad es la plena manifestación del testigo, no tanto porque manifieste la coherencia entre la palabra y la conducta, cuanto porque es la consecuencia de la inhabitación de Cristo por el Espíritu en esa persona. Por otro lado, la caridad nunca conduce al testigo a plegarse a las ideologías que pretenden “un mundo feliz” a costa de hacerse con el poder y usar la violencia y el engaño; la ideología con su reducción simplificadora es como la *cama de Procasto*, personaje del mito griego que ataba a la cama a sus huéspedes y les serraba los miembros que superaban su medida o los descoyuntaba estirándolos si no llegaban a ella. Al revés, la caridad vacuna contra las tentaciones ideológicas porque contempla a la persona real y a cada persona; no hace abstracción de los individuos para salvar al colectivo: la medida es la persona, no la cama del mito. Pero la caridad hace que las heridas del prójimo, individual o colectivo, **afecten** al testigo. **Afecten**: alteren su afección, o sea, el fondo del corazón y, por tanto, alteren la conducta.

D. POBREZA. Quien por la fe vive en Cristo participa gozosamente de su pobreza, es pobre. *El Evangelio sólo es buena noticia para el pobre*, dice Balthasar tomando la frase con que titula un epígrafe Barthélemy, O.P.²⁴. Y comenta: *Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento abundan en bienaventuranzas para los pobres y en advertencias para los ricos. Los pobres, al no poseer nada, tienen espacio libre para acoger a Dios y su mensaje (...) La palabra de Dios sorprende siempre al rico descolocado, porque reclama todo el espacio que, sin embargo, ya está ocupado por el dueño. De ahí que el mensaje no sea motivo de alegría para él, sino penoso, quizá una condena...*²⁵ Si de verdad el creyente ha puesto toda su esperanza en Cristo, si su vida es un permanente diálogo para encontrar la

²⁴ Cf DOMINIQUE BARTHÉLEMY, *Escoger al pobre como Señor*, Madrid, 2013.

²⁵ BALTHASAR, o. c., p. 73 y ss.

voluntad de este, su vida no puede estar lastrada por el afán de riquezas, por la ambición de bienes. Lo muestra la petición del pan en el Padrenuestro, el primer credo-oración de los cristianos: *Danos hoy nuestro pan επιουσιον* (de cada día)²⁶: ¿Qué quiere decir este término griego inusual en el idioma del Nuevo Testamento? Hay tres posibles traducciones. Dos de ellas parten de una etimología donde el verbo *ειμι* (ser) es la clave: *επι* (sobre) y *ουσια* (sustancia, ser de algo). La primera interpretación dentro de esta línea consiste en ver ese *επι* como un superlativo que engrandece la palabra *pan*: ***pan supersustanciado, superpan***. De este modo, algunos PP, como Jerónimo²⁷, lo aplican a la Eucaristía, el Pan de Vida: es la petición radical del cristiano. No se puede vivir sin la Eucaristía. Pero, también, con esta misma etimología cabe otra lectura: si *ουσια* se entiende como lo esencial, *επι* exagerará la esencialidad, traduciéndose algo así como: *danos hoy el pan imprescindible (superesencial), el mínimo necesario*. Así lo interpreta Schurmann en su obra *El Padrenuestro*²⁸. Pero hay una tercera alternativa: también es posible que *επιουσιος* derive del verbo de movimiento *επιειμι*, con lo que habría que traducir: *danos el pan que llega, que sobreviene, el pan de mañana*. O sea, Cristo y su venida. En cualquier caso, en los tres casos posibles, la petición del pan está muy subordinada a las tres primeras exclamaciones del padrenuestro: pan eucarístico, pan mínimo para la jornada del misionero, Venida del Señor. Es lógico; si se ha empezado deseando y pidiendo la gloria del Padre como deseo radical, ¿qué otra petición cabe? En consecuencia: ¿puede vivir para la riqueza quien reza el padrenuestro? ¿Puede alguien ser testigo de Jesucristo sin renuncia y despojo? Conviene analizar algunos matices de esta pobreza del testigo:

① [**FE Y EXPROPIACIÓN INTELECTUAL**]. La fe se transmite cuando es fe, o sea, cuando no es una propiedad más de un ser propietario que se apropia hasta de Dios (o lo intenta inútilmente). Aquí viene bien recordar la anécdota de San Agustín en la playa, cuando pretendía encerrar en su mente (apropiarse mentalmente) el misterio trinitario; el pequeño que juega a meter el mar en

²⁶ Cf LORENZO TRUJILLO DÍAZ, FRANCISCO JOSÉ LÓPEZ SÁEZ, *Meditación sobre la Eucaristía*, p.300.

²⁷ SAN JERÓNIMO, *Comentarios al Evangelio de San Mateo*, L.1 c.6 v.11 (ML 26,43 A-B) y *Comentarios a la Carta a Tito*, C.2 v.12 y ss. (ML 26,588 A-589 A), tomado de JESÚS SOLANO, *Textos eucarísticos primitivos II*, Madrid 1979, p.48 y 54

²⁸ H. SCHÜRMAN, *Padre Nuestro*, Salamanca, 1982, p. 110 y ss.

su hoyo le hace ver que el santo pretende mucho más todavía. Transmitir implica desposeerse, empobrecerse, no como condición práctica, sino como rasgo de la fe misma que no es sino la radical desposesión de la vida apropiada. Para algunos, transmitir la fe es apropiarse de prosélitos para exhibirlos en estadísticas. No es así: la fe nos desnuda ante Dios, el paso contrario del ocultamiento de Adán y Eva. La razón se entrega al amor y obedece a la llamada; de este modo, también se encontrará a sí misma purificada y libre. Pero pasa por la obediencia al amor: *Señor mío y Dios mío*, exclama Tomás tras palpar las llagas del Señor. Le ha bastado reconocer el amor en el sufrimiento.

② **[FE Y ASCÉTICA].** El afán y deseo de riqueza tiene que ver también con la caída en la concupiscencia, es decir, con la pérdida del alma en los sentidos. Tener y sentir son la expresión de ese profundo desequilibrio que el ofuscamiento del alma ha producido en el hombre. Los sentidos se han autonomizado, no captan lo personal que hay en las cosas y, sobre todo, en el cuerpo humano. Todo es cosa, objeto manipulable, apropiable, consumible. Así se definió la propiedad en el derecho romano y en nuestros viejos códigos civiles: *Dominium est jus utendi, fruendi et abutendi re sua* (derecho de usar, gozar y abusar). El hombre des-almado que veíamos en la primera ponencia es un consumidor compulsivo. Por eso, transmitir la fe exige una integración de los sentidos en la persona. El ascetismo puede tener un componente de soberbia, de rechazo de la creación; cierto. Pero hay un ascetismo inseparable de la fe: *vende y dalo a los pobres, deja padre y madre y hacienda*. El evangelio de Lucas, en la parábola del pobre Lázaro, retrata al rico insensible que banquetea y consume, con un término común que se convierte en el nombre por el que lo conocemos: *epulón*. El DRAE le da el significado de “hombre que come y se regala mucho”. En Roma, los sacerdotes encargados de los convites sagrados eran llamados “épulos”. Es decir, mientras que el pobre tiene nombre, es alguien, el rico es, simplemente, un glotón, un consumidor compulsivo. No es nadie y así lo mostrará la muerte.

③ **[CONCLUSIÓN].** Si creer es despojarse de todo lo que puede impedir el hospedaje de Dios en nosotros, la transmisión de la fe es inseparable de la pobreza. Jesucristo, el supremo evangelizador, toma palabras de Isaías para proclamar que ha venido a evangelizar a los pobres (Lc 4,18) y, para eso, se

ha hecho pobre (Fil 2,5s). Y, dado que se es cristiano en el interior de la comunión, hay que subrayar que solamente una iglesia pobre estará en condiciones de evangelizar. Lo que no sea eso, no se distanciará mucho del marketing y de la propaganda.

C. ALEGRÍA. La caridad es inseparable de la alegría. Quizá no caigamos en la cuenta de la alegría que empapa el Evangelio entero, Evangelio que es el grito de alegría del “alegre mensajero” de la gran noticia de la salvación (Is 40,9-11). Impresiona cómo el término (alegrarse, alegría, gozo...) se repite incansablemente en el Nuevo Testamento. Más de cien citas pueden contabilizarse. En los evangelios, es el mismo Cristo el que invita a la alegría; se alegran magos, pastores, discípulos. El evangelio que más insiste es el de Lucas. Llama la atención también su uso en Pablo: en primer lugar, la Segunda a Corintios mas, sobre todo, en proporción, Filipenses. En esta breve carta, escrita en la prisión, los términos relativos a la alegría se repiten diecisiete veces. Desde la humillación, Pablo descubre la grandeza de Cristo, que, *siendo de condición divina no retuvo ávidamente ser igual a Dios...* Y, desde ese abajamiento, escribe una verdadera “encíclica” sobre la alegría cristiana, que es esta preciosa Carta. La alegría cristiana no es fruto del bienestar personal o social; es fruto de la fe y vehículo de la misma. Es el resplandor de la caridad. Otro Pablo, veinte siglos después (Pablo VI), escribe la Exhortación Apostólica *Gaudete in Dominum* (1975). En sus años finales, agobiado por la contestación interna, por las divisiones en torno al Concilio, por agudos dolores físicos, este Papa, que había llegado a denunciar que el humo de Satanás había entrado en la Iglesia, publica la carta de la alegría e invita a todos los cristianos a vivir en ella.

B. LUGARES DE GESTACIÓN DEL TESTIGO

El testigo no se hace solo. Es fruto de la gestación en el seno de la Iglesia. Una gestación activa, pues se hace en la medida que ejerce el testimonio en el interior de la misma y, desde ella, hacia fuera. No vamos a describir todos los lugares ni su dinámica detallada. Me remito a *Lumen*

Fidei, Documento de Aparecida y Asamblea Diocesana de Guadalajara. Solamente subrayaremos algunos puntos en coherencia con lo que venimos diciendo.

a. LOS SACRAMENTOS. Los sacramentos, partiendo de la Eucaristía como fuente y raíz de todos ellos, son venidas del Señor en el signo para preparar y anticipar la Venida gloriosa que finalizará la historia²⁹. Los sacramentos no son, simplemente, *signos que transmiten la gracia*. Si la primera generación cristiana superó la decepción de no ver la Parusía, fue, sobre todo, porque, desde el principio, adoraban el Pan y el Vino eucaristizados, la presencia real y corporal de Jesucristo ante la que gritaban el *maranatta*. El creyente no se limita a recibir una gracia cuando accede al sacramento; confiesa y testifica la venida en el signo de su Señor, su encuentro personal con él en el seno de la comunidad fraterna. Dada la originalidad del testimonio cristiano, que implica personalmente al testigo como “otro Cristo”, sería impensable sin el encuentro real en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía. Me remito de nuevo a la encíclica *Lumen fidei*, pero dejo este subrayado: vivir en el ámbito sacramental de la Iglesia es imprescindible para quedar constituidos en testigos de la Venida.

b. LA FAMILIA. El primer testimonio recibido es el de los padres, padres también en la fe si se trata de una familia cristiana. La familia cristiana no es, simplemente, la que asiste a la misa dominical y guarda unas normas morales. Es una pequeña Iglesia que confiesa al Señor con su estilo de vida, con su oración compartida dentro y fuera del hogar. Si el testimonio, según veíamos, se presta en un estilo de vida, la familia es el lugar donde se gesta el estilo. El converso que ha conocido al Señor al margen o en contradicción con su ambiente familiar, ha de integrar la conversión en la vida, lo cual exige tiempo, gracia, sacrificio. Porque el estilo no se improvisa; es como los vinos añejos, criados durante años en barricas de roble. La familia es esa barrica donde las nuevas añadas adquieren el grado

²⁹ Lo he tratado detenidamente en la ponencia “*Santificar a los hombres por los sacramentos, alimento de vida espiritual del sacerdote*”, presentada en la Facultad de Teología del Norte de España, sede en Burgos, durante el XXXII Simposio Internacional de Teología del Sacerdocio en torno al tema: “*Santificar a los hombres mediante los sacramentos*”.

y el sabor de los viejos vinos. La privacidad del hogar, como lugar de los afectos y de la convivencia íntima y continuada, es esencial para que surja el estilo, la conducta armoniosa y coherente. Los estatismos que suplantán el hogar crean sistemas legales y personas voluntaristas. Al tratar en el último epígrafe del testigo laico haremos referencia en nuestro subrayado de su misión de custodia de la carnalidad del ser humano. Eso sucede primariamente en la familia y, dado el ataque sistemático a la misma, es preciso descubrir su dignidad y necesidad para que el hombre sea plenamente humano.

C. LA PARROQUIA. Insisto en remitir a los documentos aludidos en lo que se refiere a los desafíos pastorales. Aquí solamente señalamos el momento de cambio y sus implicaciones para abrir espacio a un testimonio renovado y renovador. En la mentalidad anterior al Concilio había dos elementos determinantes: el territorio y el párroco. Ahora, el territorio no se nombra como elemento esencial³⁰. Y es que el pluralismo religioso no permite identificar, sin más, parroquia con vecindario. La función del párroco se irá deslizando, lenta y progresivamente, desde la de ejercer una autoridad territorial que casi absorbe su sacerdocio, a la misión “in solidum” con su presbiterio bajo la presidencia del obispo. Antes que párroco, miembro de un presbiterio, co-presbítero solidario en la misión diocesana. Lo que lo define sacramentalmente no es la jurisdicción que ejerce, sino la pertenencia a un presbiterio diocesano activo y evangelizador solidariamente. Al no identificarse parroquia y párroco, otros dos elementos emergen: el Pueblo de Dios y el carácter misionero. La parroquia está, normalmente, inserta en un vecindario; pero el territorio no es ya un ámbito cerrado por la jurisdicción, sino un anclaje donde establecer la misión. El párroco ya no se identifica con la parroquia; esta contiene una riqueza ministerial laical a tener presente, así como un pluralismo asociativo a respetar y a integrar en la comunión. El párroco ya no puede entenderse como un *microbispo* autónomo, sino un co-presbítero colaborador de su obispo, que ha de tener la visión de la diócesis como

³⁰ *La parroquia es una determinada comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular, cuya cura pastoral, bajo la autoridad del Obispo diocesano, se encomienda a un párroco, como su pastor propio* (canon 515, párr. 1º).

horizonte para la parroquia; y un director de la comunidad parroquial (no dueño) para armonizar la acción misionera de los demás actores eclesiales: ¡actores y no sólo miembros pasivos! Nunca un *hombre-orquesta* que toca todos los instrumentos (¡menos la limpieza del templo!) sino el *director de la orquesta* que respeta a los profesores músicos (los laicos) y dirige según la partitura. En una parroquia así surgirá el testigo; más aún, serán todos testigos de la comunión profunda en el Espíritu de nuestro Señor Jesucristo. La comunión será el testimonio común. Es preciso reformar la parroquia desde el modelo “territorio cerrado donde ejerce su jurisdicción el párroco” a “misión territorial abierta a ministerios, comunidades y asociaciones, e integrada en la diócesis”. Para eso es preciso: desarrollar la realidad de la iglesia particular como realización plena de la Iglesia; profundizar en la misión del obispo y del presbiterio superando las jurisdicciones autónomas; recuperar el diaconado como ayuda al obispo y con contenido diocesano, con todos los demás ministerios laicales; reconocer los carismas de las comunidades eclesiales y abrirles espacio en las parroquias, aunque sin permitir que las ocupen.

C. TESTIGO Y TESTIGOS

La Condición de testigo es única, como venimos explicando. Pero la forma del testimonio es muy variada. Depende de la situación de cada cristiano y de las gracias y llamadas del Espíritu Santo. Siguiendo a Balthasar, como antes indicábamos, habría que hablar de los *estilos cristianos* como formas armoniosas de vida cristiana. De este modo, comprobamos que testigo y vocación son términos muy vinculados. Si el testigo culmina en la entrega de la vida (martirio), ¿no es la vocación el modo de *morir-se* (despojarse de sí) al que cada uno es invitado por Dios como respuesta a su amor? Intentamos unos brevísimos apuntes subrayando, ante todo, los elementos que hoy han de armonizar esas vidas.

a. TESTIGO DE LA CARIDAD PASTORAL DE JESUCRISTO: EL SACERDOTE MINISTERIAL.

Recordamos una vez más que la Carta a los Hebreos califica a Jesús como el Sumo Sacerdote entronizado en el cielo. Esto quiere decir que no sólo

nos salvó, sino que nos está salvando mediante su acción permanente de mediador ante el Padre y de dador del Espíritu Santo. Esta acción se ejercita aquí, en el tiempo intermedio, fundamentalmente mediante los sacramentos y, muy especialmente, por la Eucaristía, sacramento de su venida real y corporal anticipando la Venida en gloria. Para ejercer este sacerdocio, Jesucristo ha asociado a su persona a algunos discípulos, a los que ha configurado por el carisma del sacerdocio dado sacramentalmente por él mismo. El sacerdote-testigo se forma como tal en el mismo ejercicio de su ministerio, entregando su vida en caridad pastoral sin límites. **La caridad pastoral es la gracia específica de este sacramento, pues de ella se derivan los poderes sacramentales.** El sacerdote ministerial ha de mostrar con su vida y con su actuación la misericordia entrañable del Padre ante el pecador que se reconoce como tal; la voluntad salvífica universal divina: verdad y ternura, caridad en la verdad. Esa caridad pastoral conduce a la identificación con Jesucristo Buen Pastor que da la vida por las ovejas. Y esto empuja, necesariamente, a una nueva manera de vivir una imitación de Cristo. El testimonio integral del sacerdote de Jesucristo se difractó en dos direcciones: una, el servicio pastoral entre los fieles, en el mundo (sacerdote secular); y otra, el ministerio unido a la consagración religiosa en comunidad (sacerdote religioso o regular). Así se separaban dos modelos existenciales del mismo sacerdocio ministerial, el secular y el consagrado o regular. Esta polarización, que tomaba como esenciales aspectos adjetivos hasta el punto de oponerlos, ha empezado a cambiar tras el Concilio y PDV. Un dato: la Exhortación se dirige, indistintamente, a ambos modelos. Los que se consideraban *consejos evangélicos*, propios y obligados únicamente para los consagrados, ahora se describen en los documentos del Magisterio como rasgos del sacerdocio en sí mismo, de su espiritualidad³¹. Recordemos que la reforma de Gregorio VII, necesaria para recuperar la *libertas ecclesiae*, tuvo como efecto secundario, no querido, la división del sacerdocio en los dos cleros: el regular que aceptó la hondura y totalidad de la reforma, y el secular que solamente aceptó (por ley) la imposición del celibato. El sacerdote actual, si quiere ser instrumento de transmisión de la fe, ha de recuperar los rasgos evangélicos,

³¹ Cf PDV 27 y ss. ¿No podría verse en el Papa Francisco un símbolo de este reencuentro entre la secularidad y la consagración, entre el sacerdocio secular y el regular? ¿No estamos ante un proceso abierto y apenas explorado de síntesis entre estas dos formas separadas accidentalmente por la historia? Lo cual, ciertamente, no contradice la pluralidad de formas existenciales según carismas y necesidades.

patrísticos y de la mejor tradición eclesial posterior, del buen pastor que vive y se desvive por sus ovejas. Dejar atrás muchas cosas desde la fe y el “fiat”. Me limitaré a dos: la vida al margen del presbiterio y la disponibilidad incondicional de sí mismo, no como si fuera el funcionario de una gran empresa que debe compensarle su trabajo con magros salarios y dignidades. Es una profesión en el más hondo sentido: profesión de vida que implica la seriedad profesional, más también la gratuidad. Si ya el Señor enseñó en la parábola de los viñadores llamados a diversas horas que el mismo trabajo (¡con él!) es gratificación, ¿cómo no dar gratis lo recibido gratis? ¿Cómo poner precio a la compañía ministerial con el Señor y exigir derechos, cuando habría que pagar por ello y pagar con la vida? ¿Cómo mezclar administración de los sacramentos y dinero? En esta línea se juega mucho el testigo sacerdote, y, con él, la Iglesia transmisora de la fe.

D. TESTIGO DEL MUNDO FUTURO: EL CONSAGRADO. Dice el Concilio que en la Iglesia existe *“el estado constituido por la profesión de los consejos evangélicos, [que] aunque no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece, sin embargo, de manera indiscutible, a su vida y santidad”* (LG 44,4). Hoy, para abarcar la variedad de lo que se ha llamado “vida religiosa”, se prefiere un término más genérico, la “vida consagrada”. No pertenece a la estructura jerárquica, y no es un estado intermedio entre pastores y laicos (LG 43). Pero es un testimonio de esa venida anticipada del Señor que acontece de diversas maneras y que hemos constatado en los sacramentos. La vida consagrada es un don impredecible del Espíritu Santo que rompe el desarrollo evolutivo de la misma Iglesia, su temporalidad rutinaria, para introducir la novedad y acelerar el tiempo de salvación. Monjes, frailes, clérigos regulares, órdenes de beneficencia, laicos consagrados, etc., alteran las previsiones y evitan la rutina y la decadencia que siempre amenazan a la Iglesia, abriendo paso a la novedad creativa del mismo Jesucristo mediante su Espíritu. Oleadas de virginidad escatológica, auténticos *kairoi*. Aparecen al mismo tiempo como una vuelta a los orígenes literales del Evangelio y como una profecía del futuro realizado en Jesucristo. Impiden una identificación total de la Iglesia con la época que vive; liberan a la jerarquía de la asimilación por los poderes mundanos; muestran a los laicos la potencia transfiguradora del amor. Son un grito

divino y humano de libertad en el Espíritu. Deben ser discernidos por la jerarquía, cosa que no siempre resulta fácil. Ciertamente que la Iglesia debe abrirse a los laicos en todos los sentidos; pero, ¡cuidado con edificarse sobre el contrato laboral! La vida entregada de los consagrados permite que la relación en el servicio eclesial, fundamentalmente, se produzca desde la consagración al Señor y liberación personal para el servicio. En su radicalidad, la vida consagrada es la publicación existencial del sacrificio del Señor acogido y participado por **toda** la Iglesia, pero adelantado por este sector desde la libertad del Espíritu. Dos líneas dibujan el perfil del testigo consagrado: por un lado, el servicio a los pobres desde la liberación de preocupaciones y necesidades; por otro, la mostración adelantada de la comunidad escatológica no fundada en el parentesco carnal sino en la fe. Es lo mismo, pues la Venida del Señor es también el triunfo de las víctimas, de los pobres, de los pequeños. Ambas cosas, como decimos, se derivan de la gracia del sacrificio aceptado y ejercitado; de lo contrario ambas degeneran. Y, por aquí, va nuestro subrayado: es imprescindible para que el Señor regale este don a su Iglesia, que se recupere con total intensidad la vivencia del sacrificio de Jesucristo actualizado en la Eucaristía³². Si se olvida este punto central, si se escamotea bajo el tema del banquete (legítimo y necesario por otro lado), si se interpreta al margen del amor divino, la entrega total de la persona a Dios se hará imposible.

C. TESTIGO DE LA SECULARIDAD DE LA ENCARNACIÓN: EL FIEL LAICO. Dada la amplitud y precisión con que la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* trató este tema, nos limitamos a nuestro subrayado para dibujar la figura del testigo; nada más. El cristiano no tiene, en principio, que alterar su estatus social por el bautismo y la fe: miembro de una familia, vecino de un barrio, trabajador de una empresa, ciudadano de un país, etc. Lo expresa Pablo con autoridad inspirada: ...*Que cada uno siga viviendo en la condición que el*

³² La caída del término “sacrificio” en la cultura —en parte debido a la deficiente explicación del Sacrificio de la Cruz, pero también por otros motivos históricos— ha llegado a la misma Iglesia. La grandiosa declaración de amor al mundo que hace *Gaudium et Spes* se ha prestado erróneamente a una interpretación desviada que elimina la Cruz. El descubrimiento (precioso) del banquete eucarístico ha velado su dimensión sacrificial. Si no se recupera de verdad esta dimensión, el cristianismo como vocación se irá vaciando de contenido, y la vida consagrada desaparecerá. Para el tema del sacrificio, de la historia de su abandono, y de su sentido eucarístico, Cf los capítulos a él dedicado en nuestro libro *Meditación sobre la Eucaristía*.

Señor le asignó y en la que se encontraba cuando fue llamado. Esto es lo que prescribo en todas las Iglesias. Si un hombre estaba circuncidado antes que Dios lo llamara, que no oculte la señal de la circuncisión; si el llamado lo encontró incircunciso, que no se circuncide... Que cada uno permanezca en el estado en que se encontraba cuando Dios lo llamó. ¿Eras esclavo al escuchar el llamado de Dios? No te preocupes por ello... (1 Co 7,17-21). Y en esa línea habla la Carta a Diogneto (cap.V y VI) un siglo después: Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres... Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble.

Dentro de este ámbito, el testigo laico está llamado a proclamar la bondad de la “carne”, del amor humano, de la familia, de la naturaleza, de la ciudad terrena y, al mismo tiempo, la presencia del pecado en estas realidades y la necesidad de redención. Hasta en su colaboración ministerial con la parroquia o con la diócesis ha de asumir un verdadero estilo laico, secular, evitando todo clericalismo. Por ejemplo, y siguiendo lo que hemos dicho sobre la familia como lugar de gestación del testigo, puede ser llamado a vivir la fe como fidelidad al **amor matrimonial**, dando la vida para crear una familia donde Dios habite y desde donde actúe; es una forma preciosa, no única, de este testimonio. Dado que la Utopía ideológica sueña con un individuo aislado (libre, dicen), al margen de amores entrañables, organizado en sociedad por las leyes del Estado, el testigo del amor entrañable de Dios manifestado en la Encarnación del Verbo es un sacramento personal del Señor. Es el defensor del hombre verdaderamente *humano*, de ese hombre sellado por la humilde señal de la maternidad, la huella en su cuerpo del cordón umbilical que lo ató a toda la humanidad mediante la madre. En un momento en que el ateísmo provoca un in-humanismo, el testigo laico tiene frente a sí la tarea de testimoniar la humanidad del hombre, o sea, la creaturalidad del mundo. Testimoniar la bondad de la *sarx* (carne), digna de acoger al Verbo divino; sin tentaciones demoníacas de superar lo humano mediante la “ingeniería genética” y la sustitución de órganos biológicos por superórganos digitales. El sueño del

ciborg o transhumano está detrás de muchas legislaciones. Este testimonio de amor entrañable, de parentesco, será la raíz de otros muchos compromisos: políticos, económicos, estéticos.

Como homenaje a los fieles laicos presentes, como bendición y consuelo, me permito ofrecerlos a vosotros, especialmente, un pequeño relato. Se llama “*UMBILICATUS*”, y es el sueño de una Noche de Navidad.

“¿Qué misterio se esconde en los sueños? Nuestros antepasados pensaban que en ellos nos hablaban los espíritus, o Dios quizá. Os voy a contar un sueño que tuve un día de Nochebuena. Entonces me pareció larguísimo; os relato lo que recuerdo tal como lo recuerdo:

Estoy en una nave futurista, sin ruidos, sin colores; llena de luz blanca e hiriente. Va muy llena, pero yo viajo solo. Desembarco en un gran aeropuerto; me veo en medio de una masa que me absorbe y me conduce al control de desembarque. ¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Adónde voy? La multitud empuja y conduce hacia el control. Una muchedumbre inmensa, pero silenciosa, disciplinada; paso a paso y todos al tiempo; me recuerda las multitudes en las procesiones de Sevilla: el pasito a pasito que evita accidentes por aglomeración. ¿Esta gente no habla? Pregunto a uno que camina pegado a mí dónde estoy; ni me mira. Un pensamiento me sorprende: ¿estaré rodeado de robots? Sonrío: ¿cómo se me habrá ocurrido? Llego al control. Paso por unos escáneres controlados por un sujeto con cara de aburrido. Pero, ¿es que hacen radiografías a los viajeros?

De pronto, el sujeto aburrido se despierta con los ojos como platos; me mira y grita como un histérico, mientras me señala con el dedo, en medio de aquel silencio inhumano: ¡UMBILICATUS!, ¡UMBILICATUS!, ¡UMBILICATUS! Todos se apartan de mí, como horrorizados; quedo aislado, aparecen unos guardias de blanco impoluto y me llevan con ellos, mientras la masa se aparta abriendo un pasillo amplio. Pienso: ¿traeré alguna enfermedad contagiosa? No creo; seguramente me han confundido con un criminal famoso llamado Umbilicato o algo así. Se aclarará, se aclarará, me digo. Me llevan por un pasillo inmenso, sin que mis pies den en el suelo, como si flotara.

Estoy en una sala muy parecida a la nave en que llegué. Todo transparente, blanco, luminoso, aséptico. Entra alguien con aspecto de autoridad. Se sienta y me invita a que me siente, aunque no veo asientos. Hago el gesto de sentarme para llevarle la corriente, y siento la dureza de un respaldo que no puedo ver. Me observa con curiosidad, como a una especie extinguida. Le pregunto quién es ese Umbilicatus, le digo que mi nombre es otro, que ha habido una confusión, que puedo demostrarlo...

Hace un gesto de superioridad y dice:

—“Umbilicatus” no es el nombre de un sujeto, sino la designación de quien tiene ombligo. ¡Usted tiene ombligo!

No puedo evitar romper a carcajadas:

—Por supuesto que tengo ombligo. ¿Usted no?

—No, yo no tengo ombligo. No he necesitado de madre para nacer. No tengo esa señal de atadura, de dependencia, de esclavitud, que usted tiene. Nadie en este mundo tiene ombligo.

—O sea —le digo— que aquí la evolución ha tomado otros caminos...

—Nada de evolución. Ha sido la decisión. La decisión de unos cuantos sabios y un largo y trabajoso camino.

No puedo menos que pensar: ¿Y para qué tanto camino? Él parece adivinarme:

— ¿No se da cuenta? Ya no hay ombligos: nadie procede de la decisión de otros; no hay dependencia de una pasión, de la carne y de la sangre; no hay amores que hundan en la miseria, no hay sexo débil ni fuerte, no hay divisiones. El ser humano se ha integrado; sus dos mitades —masculina y femenina— se han integrado: ¡somos el Andrógino! Sin padre y sin madre, sin parentesco, sin lazos, sin sufrimientos. Cada uno hace su vida respetando las normas superiores, las leyes del Estado providente; unas leyes democráticas. Es la paz que el mundo había soñado.

—Muy bien. Allá ustedes con su sistema. Yo prefiero marcharme a mi mundo, regresar a la tierra, quiero seguir siendo humano.

Cuando digo esto, me mira como quien contempla a un idiota incapaz de comprender.

—Pero, ¿es que no entiende? Usted no puede volver a ningún sitio. Usted, no sé por qué casualidad, ha viajado al futuro; ESTA ES SU CIUDAD, SU MUNDO... DENTRO DE UNAS DÉCADAS. Y no puede volver porque nos denunciaría, denunciaría nuestros planes cuando aún están empezando a ponerse en práctica.

—No hay peligro alguno, le contesto. ¿Usted cree que alguien me creerá si cuento lo que me ha sucedido?

—Mi temor no es ese. Efectivamente, no lo creerán. Pero usted tiene ahora la clave para unir muchas cosas que sus contemporáneos ven como sucesos sin relación. Usted, ahora, está en condiciones de hacerles ver que la sustitución de los sexos por los géneros, el reconocimiento de la homosexualidad como un derecho humano, la normalización del aborto, el matrimonio homosexual, la identidad transexual, la

manipulación de embriones, no son más que los elementos de un mosaico que, pasados los años, será nuestra civilización. Bastante nos cuesta ir cambiando la mentalidad; en su época, hemos controlado ya los medios de comunicación; nuestros comunicadores y artistas hacen una gran labor de seducción, mostrando la bondad y la normalidad de esas conductas que ustedes todavía rechazan por antinaturales. Pero con muchas dificultades: en los partidos que abren estos caminos, muchos afiliados se resisten por ideas religiosas o humanistas; hemos de convencerlos de que se trata de pequeños avances en las libertades o de puertas para el progreso científico, o de paliativos para el sufrimiento de personas... Usted puede ser un gran peligro. Así que debe morir; pero, tranquilo, no sufrirá.

Empecé a perder la conciencia, hice un esfuerzo supremo para resistir... y entonces desperté. Desperté, aparté las mantas y, sin sentir el frío de la noche de diciembre, corrí al salón donde habíamos compuesto el portal de Belén. Aquel año habíamos estrenado un Niño Jesús hermoso; estuvimos varios días escogiendo el adecuado para que se pareciera al bebé que Dios nos había regalado por entonces a nuestra familia: me dirigí a él angustiado, emocionado: ¡Umbilicatus! grité entre risas y lágrimas. Sí, el divino Niño tenía ombligo, era humano. El Verbo se hizo carne. De rodillas lloré ante María y le pedí por todas las madres y todos los hijos del mundo, por ese bendito lazo de amor que nos une a todos los humanos en una historia de amor y de pecado compartida solidariamente. Queremos ser humanos, como Dios nos creó. Macho y hembra como Dios nos creó. Padres e hijos, como Dios nos creó. Recé por mi madre y di gracias a Dios.